

presidente vino á rogar á Lucas que no saliera todavía, para evitar un accidente posible, y consiguió que esperara algunos minutos en la habitación del conserje hasta que se disolviera la multitud.

Sin embargo, Lucas sentía una especie de vergüenza y le repugnaba verse obligado á ocultarse así. Pasó en casa de aquel conserje el cuarto de hora más penoso de su vida, creyéndose cobarde si no iba derecho á la multitud sin aceptar aquella situación de culpable alarmado á que se le reducía. Cuando los alrededores del edificio de la Audiencia parecieron despejados, ya no quiso oír nada, se empeñó en marcharse, volver á casa á pie tranquilamente sin que nadie le acompañase. Solo había venido, solo quería volver. No llevaba en la mano más que un ligero bastón, que hasta sentía haber traído por temor de que se sospechara que pensaba en defenderse. Lentamente, se puso en marcha calle adelante teniendo que atravesar á todo Beauclair, y nadie pareció fijarse en él hasta la plaza de la Alcaldía. El público que salía de la Audiencia había ido divulgando por el pueblo entero la noticia de la absolución, después de haber esperado á Lucas algunos minutos y seguro ya de que no saldría en algunas horas. Pero en la plaza de la Alcaldía, donde se celebraba el mercado, fué reconocido. Se lo enseñaban unos á otros, con ademanes; corrieron rumores, algunos hasta le siguieron, sin malos propósitos todavía, sólo por ver lo que iba á pasar. No había allí apenas más que aldeanos, compradores, curiosos que no estaban enzarzados en el litigio. Y la situación no comenzó seriamente á ser grave hasta que llegó á la calle de Brías. En la esquina, delante de su tienda, Laboque desatado, furioso por su derrota, gritaba en medio de un grupo, colérico.

Todos los comerciantes, los tenderos al por menor de la vecindad, habían corrido á casa de Laboque al conocer la funesta noticia. ¿Cómo, conque era verdad,

la Crécherie iba á acabar de arruinarlos con sus almacenes cooperativos, puesto que la justicia le daba la razón? Caffiaux aterrado, callaba, revolviendo pensamientos que no decía. Pero Dacheux, el carnicero, era de los más furiosos, encendido el rostro, dispuesto á defender la carne de los ricos, la carne sagrada; y hablaba de matar á todo el mundo antes de bajar los precios ni un céntimo. La señora Mitaine no había venido; nunca había sido partidaria del litigio, declaraba sencillamente que vendería su pan mientras se lo compraran, y que después ya vería. Y Laboque, ardiendo, contaba por la décima vez á un recién venido la abominable traición del presidente Gaume; cuando de pronto distinguió á Lucas que muy tranquilo pasaba delante de la quincallería, cuya ruina consumaba. Esta audacia acabó de trastornar al tendero; estuvo á punto de arrojarse sobre el enemigo y rugió medio sofocado por la ola de la ira. «¡Qué muera, qué muera! ¡el ladrón, el envenenador, muera!» al llegar frente á la tienda, Lucas sin detenerse se contentó con volver la cabeza para posar un instante la mirada tranquila y valerosa sobre el grupo tumultuoso, de donde salían las sordas invectivas de Laboque. Entonces todos se creyeron provocados, se levantó un clamor general, que creció y llegó á ser rugido de tempestad: «¡Muera, muera el ladrón, el envenenador! ¡muera, muera!» Lucas, como si no se tratara de él, continuaba pacíficamente su camino mirando á derecha y á izquierda, como cualquier transeunte á quien el espectáculo de la calle interesa. Casi todo el grupo le seguía, redoblando los silbidos, los ultrajes, las amenazas. «¡Muera, muera el ladrón, el envenenador, muera!»

Ya no cesó aquello; creció, se desbordaba, según Lucas iba subiendo por la calle de Brías, como de paseo. De cada tienda salían más comerciantes para juntarse á la manifestación. Las mujeres se asomaban á

las puertas y le silbaban al pasar. Algunas, exasperadas, hasta corrieron á escape para venir á gritar con los hombres: « ¡ muera, muera el ladrón, muera el envenenador! » Vió á una joven de suave hermosura, rubia, mujer de un frutero, que le injuriaba enseñando preciosos dientes blancos y le amenazaba de lejos con uñas de rosa como para desgarrarle. Corrían también los niños; uno de cinco á seis años, no mayor que una bota, se desgañitaba y casi se le metía entre las piernas para hacerse oír mejor, « ¡ muera el ladrón, muera el envenenador! » Infeliz criatura, ¿ quién le había enseñado ya el grito del odio? Y lo peor fué al pasar, en lo más alto de la calle, por delante de las fábricas. Aparecieron en las ventanas obreras de la zapatería Gourier que rugieron y batieron las manos. Luego hasta hubo obreros de las fábricas Chodorge y Miranda, que fumaban en la acera esperando el toque de campana para volver al trabajo, y también entraron en la manifestación embrutecidos por su esclavitud. Uno delgado, de pelo rojo, de ojos grandes, turbios, corría como loco vociferando con más fuerza que todos « ¡ muera, muera el ladrón, muera el envenenador! »

¡ Ah, qué subida aquella de la calle de Brías, con esta turba creciente de enemigos mordiéndole los talones, innoble oleaje de injurias y amenazas! Recordaba Lucas la noche de su llegada á Beauclair cuatro años antes, el negro pisotear en el lodo de aquellos desheredados, hambrientos, que en aquella misma calle le habían llenado el alma de una compasión tan eficaz que se había jurado dar la vida en bien de los miserables. ¿ Qué había hecho en cuatro años para que tantos odios se amontonasen contra él hasta verse acorralado por la turba amotinada que rugía *muera*? Había sido el apóstol del mañana, de una sociedad solidaria y fraternal, reorganizada por el trabajo ennoblecido, regulador de la riqueza. Había dado

un ejemplo, esta Crecherie donde la ciudad futura estaba en germen, donde reinaban la mayor justicia y ventura posibles. Y aquello bastaba, el pueblo entero le tenía por un malhechor y lo adivinaba detrás de aquella turba que le seguía, ladrándole. ¡ Qué amarguras, qué dolor en esta aventura común del calvario que siempre el justo tiene que subir, golpeado por los mismos cuya redención busca! Disculpaba el odio de aquellos burgueses cuya digestión tranquila turbaba, aterrados si tenían que partir sus *goces* egoístas. También disculpaba á los tenderos que se creían arruinados por él, cuando sólo imaginaba un empleo mejor de las fuerzas sociales para evitar una pérdida inútil de la fortuna pública. Hasta disculpaba á los obreros que había venido á librar de la miseria, para los cuales levantaba con tanto trabajo su ciudad de justicia, y que le silbaban, le insultaban, por lo mucho que habían obscurecido su cerebro y enfriado su corazón. Era la muchedumbre ignorante que se rebela contra el que quiere su bien, y se niega á dejar el lecho de esclavitud en que agoniza, y se hunde en el hambre, en la secular basura, cerrando ojos y oídos á la dicha que nace. Pero si á todos los disculpaba, piadoso y afligido, ¡ cómo le sangraba el corazón al ver entre los más airados á aquellos trabajadores de la fábrica y del taller, á los que él quería convertir en los hombres nobles, libres, felices del mañana!

Lucas subía, subía; la calle de Brías no se acababa y la jauría desencadenada había aumentado aún, los gritos no cesaban:

— ¡ Muera el ladrón, muera el envenenador!

Se detuvo un instante, se volvió, miró á aquella gente, para que no creyesen que huía. Había un montón de piedras delante de una casa en construcción; un hombre se bajó, cogió un guijarro y se lo arrojó

ñ Lucas; otros al punto hicieron lo mismo, y llovían piedras entre una tempestad de amenazas.

—¡ Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Ahora lo lapidaban. No hizo ningún ademán, echó á andar otra vez, acabó de subir el calvario. Sus manos estaban vacías, sin más armas que el bastón ligero que puso bajo el brazo. Y seguía muy tranquilo, con la idea de que su misión le hacía invulnerable si había de cumplirla. Mas el corazón dolorido sufría horriblemente maltratado por tanto horror y demencia. Lágrimas le subían á los ojos y necesitaba un gran esfuerzo para no dejarlas correr á lo largo de las mejillas.

—¡ Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Una piedra le dió en el tacón, otra le rozó el muslo.

Ya era aquello un juego, andaban en él los niños. Pero faltaba puntería, las piedras rebotaban en el suelo. Dos veces, sin embargo, pararon tan cerca de su cabeza que pudo creérsele herido, abierto el cráneo. Ya no se volvía, seguía subiendo la calle de Brías con el mismo paso tranquilo paseante que se vuelve á casa. Angustiado por tan furiosa ingratitud, parecía que ni siquiera quería saber lo que pasaba detrás de él á lo largo de aquella calle de la Amargura donde sufría su martirio. Pero al fin una piedra le alcanzó, le desgarró la oreja derecha, mientras otra le hería en la mano izquierda, cortándole la palma como de una cuchillada. Y la sangre corría, cayó en anchas gotas rojas.

—¡ Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Un sacudimiento de pánico detuvo á la multitud. Muchos huyeron cobardes. Las mujeres gritaron, se llevaron á los niños en brazos. Ya no hubo más que curiosos que seguían corriendo. Lucas continuando por la calle de la Amargura, no había hecho más que mirarse la mano, sacó el pañuelo, enjugó la oreja y envolvió con él la palma de la mano que sangraba.

Acortó el paso, sintió el galopar de la turba que se acercaba, y otra vez les hizo frente, al sentir en la nuca el soplo ardiente de la jauría que le perseguía. En primera fila corría con ansia frenética el obrero pequeño y flaco, de pelo rojo, de grandes ojos turbios. Se decía que era un herrero del Abismo. Llegó de un brinco junto al hombre á quien venía acosando desde el principio de la calle, y con el mayor furor sin que se pudiera saber de donde venía aquel frenesí de odio, le escupió en el rostro.

—¡ Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Lucas ya estaba por fin en lo más alto de la calle de Brías, y esta vez vaciló bajo el abominable ultraje. Se le vió palidecer horriblemente, mientras en un arranque involuntario de todo su cuerpo el puño sano se levantaba terrible y vengador. De un golpe hubiera aplastado al hombrecillo como miserable enano junto á un triunfante coloso. Pero Lucas, fuerte, bizarro, tuvo tiempo de contenerse. No dejó caer el puño. Pero aquellas dos lágrimas, grandes, corrieron á lo largo de las mejillas, lágrimas de infinito dolor que había podido contener hasta entonces, pero que ya no era capaz de ocultar en la última amargura de la hiel que le ponían en los labios. Lloraba sobre tanta ignorancia, sobre tanta equivocación, sobre aquel triste y querido pueblo que no quería ser salvado. Hubo burlas, sarcasmos, y se le dejó entrar en casa ensangrentado y solo.

Lucas se encerró, quiso estar solo en el pabellón que seguía habitando á lo último del parque sobre el camino de Combettes. El verse absuelto no le hacía forjarse ilusiones. Las inmundas violencias de aquella tarde, la multitud que le había acosado, decían qué guerra se le iba á hacer, ahora que el pueblo entero se sublevaba. Eran las convulsiones supremas de la sociedad moribunda, que no quería morir. Resistía furiosamente, se defendía con el ansia de dete-

ner á la humanidad en su marcha. Unos, los autoritarios, ponían su salvación en la represión implacable; otros, los sentimentales, invocaban el pasado, su poesía, todo lo que el hombre lamenta abandonar para siempre; algunos desesperados se unían á los revolucionarios, con el afán de acabar cuanto antes. Y Lucas había sentido así, pisándole los talones, á todo Beauclair, que era un mundo en pequeño en medio del ancho mundo. Si permanecía en medio de su terrible amargura valeroso y resuelto á la lucha, no por ello era menos mortal su tristeza. Quería agotar aquella noche toda su inmensa pena, porque deseaba que nadie de ella conociera nada. Cuando se sentía desfallecer, que era pocas veces, prefería encerrarse de aquella suerte, y beber hasta las heces de su amargura para volver á presentarse ya curado y valiente. Había echado el cerrojo á puertas y ventanas dando orden absoluta de no dejar entrar á nadie. Hacia las once se le figuró oír pasos ligeros en la carretera. Después, como si le llamaran, un soplo apenas, que le hizo estremecerse. Corrió á abrir la ventana y á través de las persianas distinguió una sombra sutil. Llegó á él una voz muy suave.

—Señor Lucas, soy yo; es preciso que hablemos ahora mismo.

Era Josina. Sin reflexionar, bajó Lucas y abrió el portillo que daba al camino. La hizo subir, la llevó por la mano á su cuarto cerrado con tanto rigor, donde alumbraba una lámpara de apacible claridad. Terrible inquietud le sobrecogió al reparar en ella y ver sus vestidos en desorden, el rostro maltratado.

—; Dios mío, Josina, qué tiene usted! ; Qué sucede?

Lloraba; su cabellera desatada caía sobre su garganta, cuya blancura delicada dejaba ver el cuello de su vestido desgarrado.

—; Ah! señor Lucas, he querido decirle á usted... no es porque me haya vuelto á pegar al volver á casa;

eso no importa; vengo por las amenazas que le he oído... es preciso que usted se entere esta misma noche.

Contó que Ragú, al saber lo que había sucedido en la calle de Brías, los infames agravios causados al amo, se había ido á la taberna de Caffiaux arrastrando á Bourron y otros camaradas. Acababa de volver borracho gritando que ya estaba harto de la horchata de la Crecherie, que no estaría un día más en una jaula en que reventaba uno de aburrimiento, en que no se tenía el derecho siquiera de beber un vaso de más. Luego, animándose con palabras soeces, había querido obligarla á hacer inmediatamente el equipaje para irse por la mañana temprano al Abismo que aceptaba á todos los obreros que salían de la Crecherie. Y como ella quisiera esperar, había acabado por pegarla y echarla de casa.

—Lo mío no importa, señor Lucas. Pero usted, ; Dios mío, es á usted á quien insultan, á quien quieren hacer tanto daño!... Ragú marchará mañana temprano, nada le detendrá, llevará consigo de seguro á Bourron y otros cinco ó seis compañeros que no me ha nombrado... y yo ; qué quiere usted que haga? Tendré que seguirle, y todo esto es para mí una pena tan grande que he tenido necesidad de venir á decírselo en seguida, temiendo no volver á verle. Continuaba él mirándola; nueva ola de amargura llenaba su corazón. ; Era, pues, el desastre, mayor que el que creía? Los obreros le dejaban, se volvían á su dura y sucia miseria de antaño, con la nostalgia del infierno de que él quería sacarlos con tanto esfuerzo. En cuatro años no había conquistado nada ni de su inteligencia ni de su afecto. Y lo peor era que Josina ya no era feliz, que volvía á presentarsele, como el primer día, ultrajada, herida, arrojada á la calle. Nada se había adelantado pues; había que volver á empezar; pues Josina ; no era el pueblo que

sufría? No había obedecido á la necesidad de la acción hasta la noche en que la había encontrado tan dolorida, tan abandonada, víctima del trabajo maldito, impuesto como una esclavitud. Era la más humilde, la más baja, casi en el arroyo, y era la más bella, la más amable, la más santa. Mientras la mujer sufriera, no estaría salvado el mundo.

—¡Ay, Josina, Josina, lo que yo la compadezco á usted y la pena que me da!—murmuró con voz de infinita ternura, mientras también lloraba vencido por las ajenas lágrimas. Pero al verle llorar así padecía ella mucho más. Llorar él con tanta amargura, con tan grande dolor, él que era su dios, á quien ella adoraba como un poder superior por lo que la había socorrido, por la alegría de que había llenado para siempre su vida. El pensamiento de los ultrajes que acababa de sufrir, de aquel calvario atroz de la calle de Brías redoblaba su adoración, le acercaba más á él, con el deseo de curar las heridas, de entregársele por completo, si este don podía darle la paz de un instante. ¿Qué hacer para amenguar su tortura? ¿Cómo borrar el insulto de su rostro y hacerle sentirse respetado, admirado, adorado? Se inclinaba hacia él con las manos abiertas, exaltado el rostro por el amor.

—¡Ay señor Lucas, la tristeza que siento al verle desgraciado; qué dicha la mía si pudiera suavizar un poco sus tormentos!

Estaban tan cerca que sentían en el rostro el calor de su aliento. La mutua compasión los abrasaba con el fuego de una ternura, que no sabía lo que hacer. ¡Cómo padecía ella, cómo padecía él! Y él pensaba sólo en ella y ella pensaba sólo en él, con una lástima inmensa, un inmenso anhelo de caridad y de ventura.

—A mí no hay por que compadecerme; sólo se trata de usted, Josina, cuyo sufrimiento es un crimen, y á quien yo quiero salvar.

—No, no, señor Lucas, lo mío no importa; es usted quien no debe sufrir, porque es el Dios bondadoso de todos.

Entonces, como iba ella dejándose caer en sus brazos, la estrechó él contra sí en abrazo apasionado. Era la necesidad inevitable, dos llamas que se juntaban para no ser más que un foco único de bondad y de fuerza. Y se cumplió el destino; se entregaron uno á otro con el mismo anhelo de producir la vida y la dicha. Todo los había traído á esto; habían tenido la súbita visión del amor nacido una noche y que había crecido lentamente acumulado en el fondo de su pecho. Y no había allí más que dos seres que se encontraban en el beso tanto tiempo esperado que llegaba á florecer. No había remordimiento posible; se amaban como existían, para estar sanos, para ser fuertes y fecundos.

Luego, en esta alcoba tan tranquila, tan agradable, cuando Lucas, por largo espacio, tuvo á Josina entre sus brazos, sintió que le había llegado un gran auxilio. Sólo el amor traería la armonía de la ciudad. Esta Josina deliciosa que había hecho definitivamente suya, era su comunión íntima con el pueblo de los desheredados. La unión estaba sellada; el apóstol, en él, no podía permanecer infecundo, necesitaba una mujer para rescatar la humanidad. ¡Y cómo venía á confortarle la pobre jornalera sucia, maltratada, que había encontrado muerte de hambre, y que era en aquel momento, sobre su pecho, una reina de encanto y voluptuosidad! Había conocido ella la mayor miseria, ella le ayudaría á crear un mundo nuevo de esplendor y de alegría. De ella, sólo de ella necesitaba para cumplir su misión, pues el día en que hubiera salvado á la mujer, el mundo estaría salvado.

Dulcemente, le dijo:

—Dame tu mano, Josina, tu pobre mano herida.

Y ella le dió la mano, aquella á que faltaba el dedo

índice, cortado, arrebatado por el engranaje de una máquina.

—Es muy fea,—murmuró ella.

—¡Fea! ¡Ay! no, Josina; para mí es tan querida, que de toda tu persona adorada, ella es lo que beso con mayor devoción.

Había aplicado sus labios á la cicatriz, y cubría de caricias la mano pequeña, débil, mutilada.

—¡Oh, cuánto me quiere usted, Lucas, y cuánto le quiero!

Tal fué el grito encantador, el grito de dicha y de esperanza que los reunió en nuevo abrazo. Fuera, sobre Beauclair hondamente dormido, pasaban los ruidos de los martillos, el retumbar del acero de la Crecherie y del Abismo, luchando con el trabajo nocturno. Y sin duda, la guerra no había concluído, la terrible batalla entre ayer y mañana iba á ser más encarnizada. Pero en medio de los mayores tormentos, un descanso de felicidad había venido, y fueren los que fueren los padecimientos todavía, arrojada estaba la inmortal semilla del amor para las cosechas futuras.

III

Y desde entonces este fué el grito de Lucas á cada nuevo desastre que hería á la Crecherie, cuando los hombres se negaban á seguirle y dificultaban la fundación de su ciudad de trabajo, de justicia y de paz.

—¡Es que no aman! si amasen, todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol.

Llegaba su empresa á la hora angustiosa y decisiva de la regresión, del paso atrás. En toda marcha hacia adelante, llega esta hora de lucha, de la parada forzosa. No se avanza, hasta se retrocede, el terreno ganado parece hundirse, y que jamás se llegará al fin. Y esta es la hora también en que se prueban los héroes con su firmeza de alma, su indomable fe en la final victoria.

Al día siguiente, Lucas procuró retener á Ragú que quería romper el trato y dejar la Crecherie para volver al Abismo, pero tropezó con una voluntad maligna y amiga de burlas que gozaba haciendo mal en el momento en que la deserción de los obreros podía

arruinar la fábrica. Pero había también algo más profundo; la nostalgia del trabajo esclavo, del tornar á la miseria negra, nauseabunda, á todo el repugnante pasado, que seguía en la sangre. Al tibio sol, en la alegre pulcritud de su casita rodeada de verdores, Ragú echaba de menos las calles estrechas y pestíferas del Beauclair viejo, las casuchas leprosas á través de las cuales corría el soplo de la peste. El olor acre de la taberna de Caffiaux le asediaba, cuando pasaba una hora en la gran sala de la casa comunal, donde el alcohol estaba prohibido. El buen orden de los almacenes cooperativos le disgustaba también, le inspiraba el deseo de gastar su dinero á su antojo en las tiendas de la calle de Brias, á cuyos dueños, él mismo llamaba ladrones, pero con los cuales se daba el gusto de disputar. Cuanto más Lucas insistió haciéndole ver la sin razón de su partida, más se obstinó Ragú, pensando en que si tanto empeño había en retenerle, era porque marchándose causaba daño.

—No, no, señor Lucas, esto no tiene arreglo. Puede que haga yo una barbaridad, aunque no me lo parece... Me ha prometido usted torres y montones; íbamos á hacernos todos millonarios; y la verdad es que no ganamos más que en otra parte, y además aquí hay ciertas molestias, á lo menos para mi gusto.

Era verdad, la distribución de las ganancias, en la Crecherie, no había alcanzado hasta entonces una cifra sensiblemente superior á la de los salarios del Abismo.

—Pero vamos viviendo,—respondió con animación Lucas.—¿Y no basta con eso cuando el porvenir es seguro? Si os he pedido sacrificios, fué con la convicción de que al final está la dicha de todos. Pero hace falta paciencia y valor, fe en la empresa, y además mucho trabajo.

Tal lenguaje no podía conmover á Ragú; sólo una frase le había llamado la atención, y dijo con fisga:

—¡Bah! la dicha de todos, eso es muy bonito. Pero yo prefiero empezar por la mía.

Entonces, Lucas le dijo que era libre, que le arreglarían la cuenta para marcharse cuando quisiera. En rigor, no tenía ningún interés en conservar á un mal hombre cuya presencia llegaría á ser un contagio funesto. Pero la marcha de Josina le desgarraba el corazón, y se sintió avergonzado al descubrir que, si tanto empeño ponía en retener á Ragú, era por retenerla á ella. La idea de que volvía á la cloaca del Beauclair viejo, en manos de aquel hombre que otra vez entregado al alcohol continuaría maltratándola, era para él insostenible. Volvía á verla en la calle de las Tres Lunas, en inmundo aposento, presa de la miseria sórdida y mortífera; y no estaba él allí para velar por ella; y ahora era suya, y hubiera querido no dejarla ni un minuto, para asegúrale una vida feliz. A la noche siguiente, volvió ella á verle, hubo entre ellos una escena cruel, lágrimas, juramentos, proyectos locos. Sin embargo, venció la prudencia; había que aceptar los hechos, si no querían comprometer la empresa que ya era de ambos. Josina seguiría á Ragú, á lo que no podía negarse sin promover un escándalo peligroso; en tanto que Lucas en la Crecherie continuaría su batalla para el bien de todos, con la convicción de que la victoria, algún día, volvería á juntarlos. Eran muy fuertes porque llevaban consigo el amor invencible. Prometió ella que volvería á visitarle. Pero aún así se les desgarraba el corazón al despedirse, y cuando al día siguiente la vió abandonar la Crecherie detrás de Ragú, que ayudado por Bourron empujaba en un carricoche el pobre ajuar de la mudanza.

Tres días después, Bourron seguía á Ragú á quien veía todas las noches en casa de Caffiaux. Tales bromas le daba su amigote con motivo de la horchata de la Casa Comunal, que creyó hacer una hombrada, de

hombre libre, volviendo él también á vivir en la calle de las Tres Lunas. La mujer de Bourron, Babette, después de intentar oponerse á tamaña necedad, acabó por resignarse, contenta como siempre. ¡Bah! Todo iría bien de todos modos, su marido en el fondo era un excelente sujeto que tarde ó temprano vería claro. Y reía, y levantó la casa diciendo «hasta la vista» á los vecinos, pues no podía creer que no había de volver á aquellos bonitos jardines donde tanto gozaba. Sobre todo, pensaba traer á ellos á su hija Marta y á su hijo Sebastián, que hacían grandes progresos en la escuela. Y al proponerle Sœurette que siguieran asistiendo á ella, consintió.

Pero lo que agravó la situación fué que otros obreros cedieron al contagio del mal ejemplo marchándose como Bourron y Ragú. Les faltaba la fe, tanto como el amor, y Lucas luchaba con la mala voluntad humana, la cobardía, la defección, contra las que se choca en cuanto se trabaja para el bien de todos. Hasta en el mismo Bonnaire, tan razonable, tan leal, adivinó una oculta vacilación. Turbaban el matrimonio las diarias disputas con la Pelos cuya vanidad no estaba satisfecha, pues no había podido comprar todavía el vestido de seda y el reloj que deseaba desde su juventud.

Luego, las ideas de igualdad, de comunidad, le enfadaban, siempre pesarosa de no haber nacido princesa. Por ella, toda la casa era una tormenta, tenía á ración de tabaco al tío Lunot con más rigor cada día; zarandeaba á los niños Luciano y Antonieta. Habían tenido otros dos, Zoé y Severino, y esta era también una desgracia que no perdonaba á Bonnaire echándose los en cara sin cesar como si fueran fruto de sus ideas subversivas, de las cuales ella también se creía víctima. No perdía la calma Bonnaire, habituado á tales tempestades, que no hacían más que entristecerle. Ni siquiera respondía cuando ella gri-

taba que no era más que un bestia, un bobalicón que dejaría los huesos en la Creeherie.

Sin embargo, Lucas comprendía que Bonnaire no estaba de todo corazón con él. Jamás se permitía una censura, seguía siendo el obrero activo, exacto, concienzudo, que daba ejemplo á sus compañeros. Y á pesar de esto, en su actitud había desaprobación, casi cansancio y desaliento. Esto hacía padecer mucho á Lucas, desesperado al ver que un hombre á quien tanto estimaba, cuyo heroísmo conocía, se apartaba de él tan pronto. Si este dejaba de creer ¿sería porque la empresa era mala?

Una tarde, al obscurecer, tuvieron una explicación á la puerta de los talleres, sentados en un banco. Se habían encontrado al ponerse el sol, bajo un ancho cielo tranquilo, y se sentaron y hablaron.

—Sí señor, es verdad,—respondió tranquilamente Bonnaire á una pregunta;—tengo grandes dudas respecto del buen éxito. Recordará usted además que nunca he tenido sus ideas, y que su tentativa siempre me ha parecido mal desde el punto de vista de las concesiones. Si me he prestado á ello fué como á un experimento. Pero según adelantan las cosas, veo que me he equivocado. El experimento está hecho, va á haber que intentar otra cosa, obrar revolucionariamente.

—¡Cómo que el experimento está hecho!—exclamó Lucas.—¡Oh! estamos comenzando. Esto exigirá años, muchas vidas de hombres acaso, un esfuerzo secular de buena voluntad y de valor. ¡Y es usted, amigo mío, usted el enérgico, el bravo quien duda tan pronto!

Le miraba, fijándose en su torso de coloso, su ancha faz apacible donde se leía tanta fuerza honrada. Pero el obrero movió suavemente la cabeza.

—No, no, la buena voluntad y el valor no harán

nada. Es que el método de usted es demasiado suave, cuenta demasiado con la prudencia de los hombres. Esa asociación del capital, del talento y del trabajo caminará siempre á trompicones sin fundar nunca nada sólido y definitivo. El mal ha llegado á tal grado de abominación que hay que curarlo con el hierro candente.

—¿Entonces qué hay que hacer, amigo mío?

—Es preciso que el pueblo se apodere en seguida de los instrumentos de trabajo, que arranque el capital á la clase burguesa, disponiendo de él por sí mismo para reorganizar el trabajo universal y obligatorio.

Y una vez más expuso Bonnaire sus ideas. Seguía entregado por completo al colectivismo, y Lucas, que le escuchaba con pena, se asombraba de no haber adelantado nada en este espíritu reflexivo, pero obtuso. Tal como le había oído hablar en la calle de las Tres Lunas, la noche en que había dejando el Abismo, así volvió á encontrarle, con el mismo pensamiento revolucionario: sin que los cinco años de experiencia comunista, pasados en la Crecherie, hubiesen modificado su fe. La evolución era demasiado lenta, el progreso sólo por la evolución pediría todavía muchos años, y él se cansaba, no creía más que en la revolución inmediata y violenta.

—No se nos dará jamás lo que nosotros no tomemos,—dijo concluyendo.—Hay que tomarlo todo para tenerlo todo.

Callaron. Se había puesto el sol. Los relevos de noche habían vuelto al trabajo en el fondo de los talleres retumbantes. Y en este esfuerzo continuo de la faena, Lucas se sentía invadido por una indecible tristeza, viendo que su empresa iba también á comprometerse por la prisa de los mejores para salvar su ideal. ¿No era muchas veces la batalla furiosa de las

ideas quien estorbaba y retardaba la realización de los hechos?

—Yo no quiero discutir de nuevo con usted, amigo mío,—añadió al fin.—No creo que una resolución decisiva sea posible y buena en las circunstancias en que estamos. Y sigo convencido de que la asociación, la cooperación, ayudadas por los sindicatos, son el lento camino preferible que nos conducirá á la ciudad prometida... Muchas veces hemos hablado de esto sin poder entendernos. ¿Para qué empezar otra vez y molestarnos inútilmente?... Pero lo que espero de usted, es que seguirá siendo fiel á la causa que juntos hemos fundado, en las dificultades que atraviesa.

Bonnaire hizo un ademán brusco de enojo.

—¡Oh! Señor Lucas, ¿ha dudado usted de mí? Bien sabe que no soy un traidor, y que ahora, puesto que usted me libró un día del hambre, estoy dispuesto á comer mi pan seco con usted todo el tiempo que haga falta... No tenga miedo; lo que acabo de decirle no lo digo á nadie. Estas cosas son para los dos. Pero naturalmente no voy á desanimar á los obreros anunciándoles la ruina próxima... Asociados estamos y asociados continuaremos hasta que las paredes se nos vengan encima.

Lucas con gran emoción le estrechó las manos. Y á la semana siguiente se conmovió más todavía al sorprender una escena que pasaba en el taller de los laminadores. Le habían advertido que dos ó tres obreros ligeros de cascos querían hacer lo que Ragú, procurando arrastrar cuantos obreros pudieran, y al llegar para restablecer el orden, vió á Bonnaire, en medio de los levantiscos, interviniendo con vehemencia. Se detuvo, escuchó. Bonnaire, valeroso, decía todo lo que había que decir, recordaba los beneficios de la casa, calmaba las inquietudes con la promesa de un porvenir mejor si se trabajaba de firme. Se imponía por su estatura, por guapo, y todos se aplacaban oyen-

do á uno de los suyos cosas tan razonables. Ni uno sólo hablaba ya de romper la asociación, las defecciones quedaron contenidas. Y Lucas no olvidó este espectáculo de Bonnaire, el buen gigante, apaciguando á los revoltosos con soberbio ademán, como héroe del trabajo que respeta la faena aceptada libremente. Pues se luchaba por el bien de todos, se hubiera creído un cobarde abandonando su puesto, aunque pensara que se hubiera debido luchar de otra manera.

Pero cuando Lucas le dió las gracias, de nuevo sintió el corazón lastimado por esta sencilla respuesta:

—Es muy sencillo, he hecho lo que debía... Pero no importa, señor Lucas, es preciso que le atraiga á mis ideas. De otro modo acabaremos todos por morir aquí de hambre.

Y pocos días después otro encuentro acabó de entenebrecer á Lucas. Bajaba del horno alto con Bonnaire y pasaron delante de los hornos de Lange. El alfarero se había obstinado en no dejar el estrecho terreno que se le abandonaba en la pendiente peñascosa y que había rodeado de una pared de piedra sin argamasa. En vano Lucas había querido llevarlo consigo ofreciéndole dirigir la fabricación de crisoles que había tenido que crear. Lange quería seguir libre, sin Dios ni amo como él decía. Continuaba, pues, en el fondo de su salvaje agujero fabricando cacharrería ordinaria, las marmitas, pucheros y barreños que luego paseaba en un carricoche por los mercados y las ferias de las aldeas vecinas. El tiraba, la Descalza empujaba. Y aquella tarde volvían de una de sus excursiones cuando Lucas y Bonnaire llegaban á la puerta del recinto.

—¿Qué tal, Lange?—preguntó cordialmente el primero,—¿qué tal marcha el comercio?

—Siempre bastante bien para que el pan no falte, señor Lucas. Ya sabe usted que es todo lo que pido.

En efecto, no pasaba sus pucheros más que cuando el pan faltaba. Y lo demás del tiempo se entregaba á sus trabajos de alfarería que no eran para la venta; horas y horas los miraba con ojos soñadores, como poeta rústico cuya pasión era dar vida á las cosas. Hasta los objetos groseros que fabricaba, las ollas y barreños mostraban cierta graciosa sencillez, pureza de líneas, una gracia sencilla y arrogante. Hijo del pueblo, por instinto había dado con la primitiva belleza popular, esa belleza del humilde objeto doméstico, que nace de las proporciones perfectas y de la adaptación absoluta al uso á que se destina.

Impresionaba esta belleza á Lucas que examinaba algunas piezas no vendidas, dentro del carro. Y la presencia de la Descalza, la buena moza morena, tan hermosa, con sus miembros finos de combatiente, su seno pequeño y duro de guerrear, le llenaba también de una admiración mezclada de asombro.

—Eh, ¿qué tal?—añadió dirigiéndose á ella;—debe de ser trabajoso empujar todo el día.

Mas ella, criatura silenciosa, no hizo más que sonreír con sus grandes ojos de salvaje, mientras el alfarero respondía por ella:

—¡Bah! se descansa á la sombra, á la orilla del camino cuando se encuentra una fuente... ¿Verdad, Descalza, que no vamos mal, que somos felices?

Había vuelto ella hacia él los ojos que se llenaron de una adoración sin límites, cual si fuera el señor todopoderoso y bueno, el salvador, el dios.

Luego, sin decir una palabra, acabó de empujar hacia dentro el carricoche y lo colocó bajo un cobertizo. Lange le había seguido con una mirada de profunda ternura. Hacía á veces como que la trataba con rudeza, como vagabunda recogida en un camino, cuyo domador quería seguir siendo. Pero ya era ella el ama; la quería con pasión que no confesaba, que ocultaba bajo su aspecto de hijo de aldeano zafio toda-